

Martínico Ventosa

DIRECTOR.

Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 12 rs. vn. el trimestre.

Madrid y provincias, 16 rs. id.

Números sueltos un real y medio.

REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayoresmero.



Martínico Ventosa

DIRECTOR.

Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA.

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*.

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

El anuncio delante del siglo.

Varias veces me he preguntado, al ver la cuarta página de los grandes periódicos, lo que, al leer todos esos anuncios pomposos, pensarán de nosotros los habitantes del nuevo mundo. Seguramente los misterios de esa cuarta página ha de causarles profunda admiracion; y, sin titubear, llegarán á la conclusion que la Europa es el país de los leprosos, donde la mitad de los indígenas pasa la vida buscando remedios para curar á la otra mitad.

Los anuncios de panaceas universales se oprimen en todas las columnas, en intrépidas mayúsculas, y el *puf* abre la marcha, tocando con toda la fuerza de sus baquetas en el tambor ó el bombo del reclamo.

Aquí se encuentra un agua maravillosa — *El agua de Cochinchina*; es pectoral, vivifica la sangre, cura la tisis, las afecciones del corazón y generalmente todas las enfermedades. La botella cuesta 40 reales, una bicoca.

En resumen es un agua un poco salada: prefiero el vino de Jerez.

Allá hay pastillas *blagorifugas* contra la constipacion y contra los callos: se garantiza el éxito; cuenta cien años de esperiencia.

Mas allá una sociedad de elixires contra el dolor de muelas.

Pero lo que domina son las pomadas que paralizan la caída del cabello y le hacen volver á salir, segun dicen los inventores (peluqueros, que todos ellos ostentan magníficos tupés) con su finura y color primitivos. Estos anuncios capilares son los mas desvergonzados; se producen con un cinismo que regocija al alma. Y no vayan ustedes á poner en duda las virtudes curativas de estas curiosas recetas; se re-

montan todas ellas á la mas remota antigüedad

Tal de estas pomadas viene directamente de los Pharaones de Egipto. Uno de ellos compuso una prodigiosa: ya se comprenderá que quiero hablar de famoso Ptolomeo Phicolomo.

Este príncipe era un gran químico; pero tuvo un defecto no menos grande, el de no haber existido jamás.

Tal otra esencia, siempre contra la calvicie, el industrial que, en bien tan solo de la humanidad, la pone en circulacion, la recibió de una tribu de árabes viajeros: le descubrieron el secreto almorzando peras y queso de Tronchon en medio del desierto de Sahara: sería entre cuatro y cinco de la mañana. ¿No es esta una garantía bastante formal?

Un particular, que ha tenido el capricho de componer un aceite con la grasa del puerco-espín. Con él los cabellos vuelven á nacer; así lo afirma el inventor y yo lo creo; pero salen derechos y fuertes como agujas de alpargatero. En lugar de una sedosa cabellera, aparecen en la cabeza clavos de punta: descubrimiento utilísimo á los carpinteros y ebanistas.

Por aquí, hombres y mujeres calvos, corred. ¿No ois el chun chun del bombo y los platillos? La electricidad, en persona natural, se propone curaros instantáneamente y convertir vuestras cabezas calvas en una montaña cerdosa.

Atencion y ojo á la pila. El aparato está cargado; se dirige el hilo conductor sobre vuestro venerable cráneo.... Saltad; bien, ya va á nacer: volved á saltar; muy bien, ya sale: volved á volver á saltar; perfectamente bien, ya ha nacido; y no es chanza. Habeis saltado como los perros, por el rey de Prusia; pero es lo malo que el monarca no os ha hecho maldito el caso.

Estos son hechos incuestionables: y en vista de tan prodigiosos resultados no puedo comprender como hay todavía médicos.

¿De qué sirven ahora que, para todas las enfermedades, se han descubierto remedios soberanos.... en la cuarta página de los periódicos? Esta es cuestión difícil de resolver.

En adelante, cuando uno se sienta indispuerto, no es al doctor á quien ha de buscarse: se envia simplemente á comprar un periódico cualquiera, y en la seccion de anuncios se encontrará al momento el medio de llegar á una curacion radical (por veinte, cuarenta ó sesenta reales la botella.)

¡Oh progresos de la civilizacion, cómo desconoceros en vista de tales hechos!

Y que vengan luego á decirnos que nuestro siglo está estacionado y que no marchamos hácia la perfectibilidad social. Vean ustedes el progreso en todo; en los paletós sin costuras y en los sombreros con ventilador, en las escupideras higiénicas y en las faldas armadas de hierro. Arriba, abajo, en todas partes, por todos lados el progreso nos cerca, nos ofusca, nos agovia.

Y á toda esa falange de inventores les llamaremos industriales ó charlatanes? Llámense como quiera, ellos pagan con sus personas; y si los mas hacen su pacotilla, tanto mejor para ellos y tanto peor para los necios. La táctica de aquellos no es ya la de hace algunos años, en los cuales, por ejemplo en la vecina Francia, se les veía por calles y plazas en ridículas carretelas y rodeados de una murga infernal. Dejando sus grotescos trajes, su bombo y sus trompetas, se han vestido con una bata rameada; y repantigados al fresco en el verano, ó delante de una chimenea en el invierno, se han dedicado á hacer anuncios.

Esta manera de cazar á la multitud es mas cómoda; porque en vez de ir ella en busca de los tontos, son los tontos los que van á buscar á ella.

Creo que con lo dicho queda perfectamente probada la moralidad de todos esos anuncios *kracoterapéuticos*.

¿Qué no podría decirse de otros...? Pero hago punto final, asegurando que, en vista de tales adelantos, no puede uno menos de enorgullecerse por haber nacido en el siglo XIX; entre el vapor, la telegrafía eléctrica y los anuncios.

¡A votar!!

Hémos cerca del

»día terrible, día funesto,

lleno de llanto, lleno de horror...»

cerca del día de la votacion... *Martínico* quiere votar como una pelota; y mal año para mí sino propongo una candidatura digna de la ciudad mas ilustre. Esto es hecho; tengo que votar, por que estoy en lista y no

he de quedarme atrás, ¡Medrado andaría el asunto si yo no asomara las narices por la Casa-Lonja!

La cosa es hallar media docena ó mas de hombres aptos para llevar la banda y otras frioleras. Pues.... sea.

Aquí tienen ustedes al simpár *Gargantría*, que, retirado en un rincon, del mismo local donde ha de tener lugar el acto solemne, se ha ocupado, durante el tiempo que ha permanecido sin dejarse ver, en meditar planes de mucha consideracion; ea pues, el que tenga ideas libres y quiera ver la ciudad como una balsa de aceite, que me siga..., y votemos por él.

Mas allá diviso al simpático *Almanegra*, hijo de otro, y conocido de todos los muchachos de la poblacion; nómbresele y se evita desde luego el escándalo que tantos *criatueros* dan por esas calles, por varios y diferentes modos.

Ya tenemos dos: vaya un tercero.

El gallo de la Magdalena, ufano como él solo y mas templado que acero de Toledo, está deseando ser concejal; tantos gallos hay que lo desean, que el combate será reñido en extremo; mas él vencerá, siquiera sea por que ocupa un elevado puesto; y eso no se olvida ni se deja de tener en cuenta.

¿Quién es aquel otro, que me guiña el ojo? Ah, ya; es el ciudadano de los anónimos á los periódicos de la capital; tambien quiere ser regidor; pero no me conviene. Será capaz de pedir á sus colegas gabanes para cuantas estatuas desnudas vea en cualquiera parte; y esto acarrearía un gasto inmenso. No puedo servir á usted, amigo mio; no hay voto, aunque vote usted de ira.

¡Hola! aqui tenemos otro candidato, el nunca bien ponderado *Lucas Gomez*; este.... ¡oh! este merece mi mas entera confianza: este debe mandarnos y resumirá la opinion de todo el Aragon, bajo y alto. No quiero proponer á mas; *Lucas Gomez* está llamado á ser el mandon de los cesar-augustanos.

La escena empieza en Madrid, en la puerta del Sol y continúa en donde verá el curioso lector si lo leyere.

Un elegante joven, con traje de camino, se despide de varias personas, y al subir á un coche dice:

—Adios, chicos, hasta primeros de octubre: tres mesecitos: ¿qué os parece?

—Dichoso tú; esclaman los que se quedan, como te vas á divertir.

—Adios.

—Buen viaje.

Esto sucedia el 1.º de julio á las seis de la tarde, cuando un calor abrasador aniquilaba á los habitantes de la Villa y Corte; por lo que huian de su recinto los que, como Anselmo, así llamaremos al joven que acababa de despedirse, tenían recursos para buscar en otro lado de España el fresco y las comodidades que el verano les quitaba en su residencia habitual.

A las siete parte un tren de la estacion del Mediteráneo; en un departamento de primera iba nuestro nuevo amigo, que desde ahora, entablado relaciones con los amables suscritores de *El Duende*, les hará una fiel reseña de todas las impresiones del viaje que ha emprendido.

Anselmo, que viaja en primera para disfrutar de comodidad, se encuentra con que tiene por compañeros una señora con tres niños, un marido cándido y una niñera sardónica, que componian el total del sublime cuadro que hubiera espantado á Job con toda su paciencia y justificado la sangrienta determinacion de Herodes, á preveer las consecuencias; pero partió el tren y Anselmo se resignó á soportarlo todo con paciencia.

«¡Qué noche; válgame el cielo!» pudo decir en todos los tonos; pues en toda ella no pudo descansar un momento; tanto era el llorar de los angelitos, el predicar de la mamá para que calláran, el pellizcar de la niñera ¡gran argumento! para que la dejáran en paz, y el roncar del bienaventurado padre, que con un compás sin igual entonaba toda clase de cánticos con sus trompetazos nasales. Por fin, como todo tiene término, el tren llegó á Valencia, y Anselmo se despidió de la dichosa familia, que quedó recogiendo su inmenso arsenal de pertrechos y municiones de boca.

Deseando continuar su viaje, se embarcó Anselmo para Barcelona en el magnífico vapor el *Ondulante* que partia inmediatamente.

El hermoso tiempo que se disfruta presagia una feliz navegacion. «Gracias á Dios; se dice para sí, que descansaré un poco»; y se prepara á dormir en su camarote.

Mientras Anselmo empieza á dormir y despues de haber corrido algunas millas:

El piloto: Capitan ¡tendremos tormenta!

El capitan observa, y meneando la cabeza dá diferentes órdenes, que Anselmo no oye porque empezaba á disfrutar de un magnífico sueño.

El trueno retumba, y los relámpagos centellean en el espacio; las olas crecen y azotan hasta la cubierta del buque; éste, ya elevándose á las nubes ó perdiéndose en el fondo del mar, que juega con él como con una pelota, despues de seis horas de angustia y terror, habiendo sufrido varias averías, toma puerto en Barcelona.

Todos, pasajeros y tripulacion, se consideran salvados por milagro, y Anselmo con algunos coscorrones se acuerda del café, de los amigos, de la familia y de la inmovilidad de su cama, no tan poética, es verdad, pero menos peligrosa.

«Preciosa poblacion es Barcelona; aquí las horas deben deslizarse sin sentir; me desquitaré del mal rato, de los chillidos y llores infantiles y de los londrones del buque.»

Diego Perez, antiguo amigo de Anselmo, establecido en Barcelona, se encarga de ser su cicerone y le lleva á una reunión pública para pasar algunas horas de la noche; pues como no hay teatros, el tiem-

po se hace insoportable. Algunos dias de asidua asistencia á la tertulia le ponen en la precision de mandar á Madrid el siguiente parte telegráfico:

A D. F. de T.

Necesito dinero inmediatamente.

Anselmo.

El apoderado de Anselmo le manda cuanto puede, y paga éste bastante caras unas cuantas horas de tertulia, no sin renegar antes de su amigo y de la manera tan poco productiva de pasar el tiempo.

Barcelona le parece odiosa y marcha á Q.... en cuyo punto, por única distraccion, hay un llamado café con dos mesas de pino y un arteson que, cubierto con una bayeta verde, ha sido ascendido á mesa de billar.

Sin embargo, como está en un pueblecito de la costa, le queda el recurso de cojer conchas en la playa y de fumar malos cigarros del estanco; porque en Q.... no se conoce el contrabando de tabaco.

En quince dias ha podido conseguir que le entiendan cuando pide de comer; lo que no es poco lograr en Q....

Echa sus cuentas; y despues de pasar cerca de un mes, le parece que se ha aburrido bastante, y regresa á Barcelona; pero no sin dejar antes en manos del fondista una cantidad decente, que á pesar de todo le ha tratado con cuanta benignidad le permite su clase.

Llueve de una manera espantosa; Anselmo no puede salir mas que al café y desde este á su casa: sigue gozando.

No queriendo esperar mas tiempo, porque su *spleen* traspasaba los límites de lo imaginable, se pone en camino para Zaragoza, aunque diluviando como el dia en que Noé se salvó en el arca.

Parte el tren; pero ¡oh dolor! el vapor ha retrocedido á 1800; ya no es el elemento de locomocion de nuestros dias: el camino desbaratado por las lluvias, tiene que hacerse á pié casi todo; lo cual produce que Anselmo llegue á la S. H. calado, lleno de lodo y con un fuerte constipado, que le hace guardar cama tres dias. En ella empieza á pensar que ha pasado muy malos ratos; que ha gastado el dinero y no se ha divertido, y que aun no está en su casa, y Dios sabe lo que le queda por pasar.

Continúa su marcha.

Llegada á Medinaceli.

El tren ha partido ya; coro de maldiciones y de estornudos por los constipados que se cojen al aire libre. La estacion no tiene techo; pero doce horas, desde las dos de la noche á las dos de la tarde, se pasan en cualquier parte. Anselmo toma café y tabaco, sin duda porque van mal dadas.

Una voz: Madrid.

«Santa palabra;» esclama Anselmo.

Era el 29 de setiembre á las nueve de la noche. Llovía á cántaros.

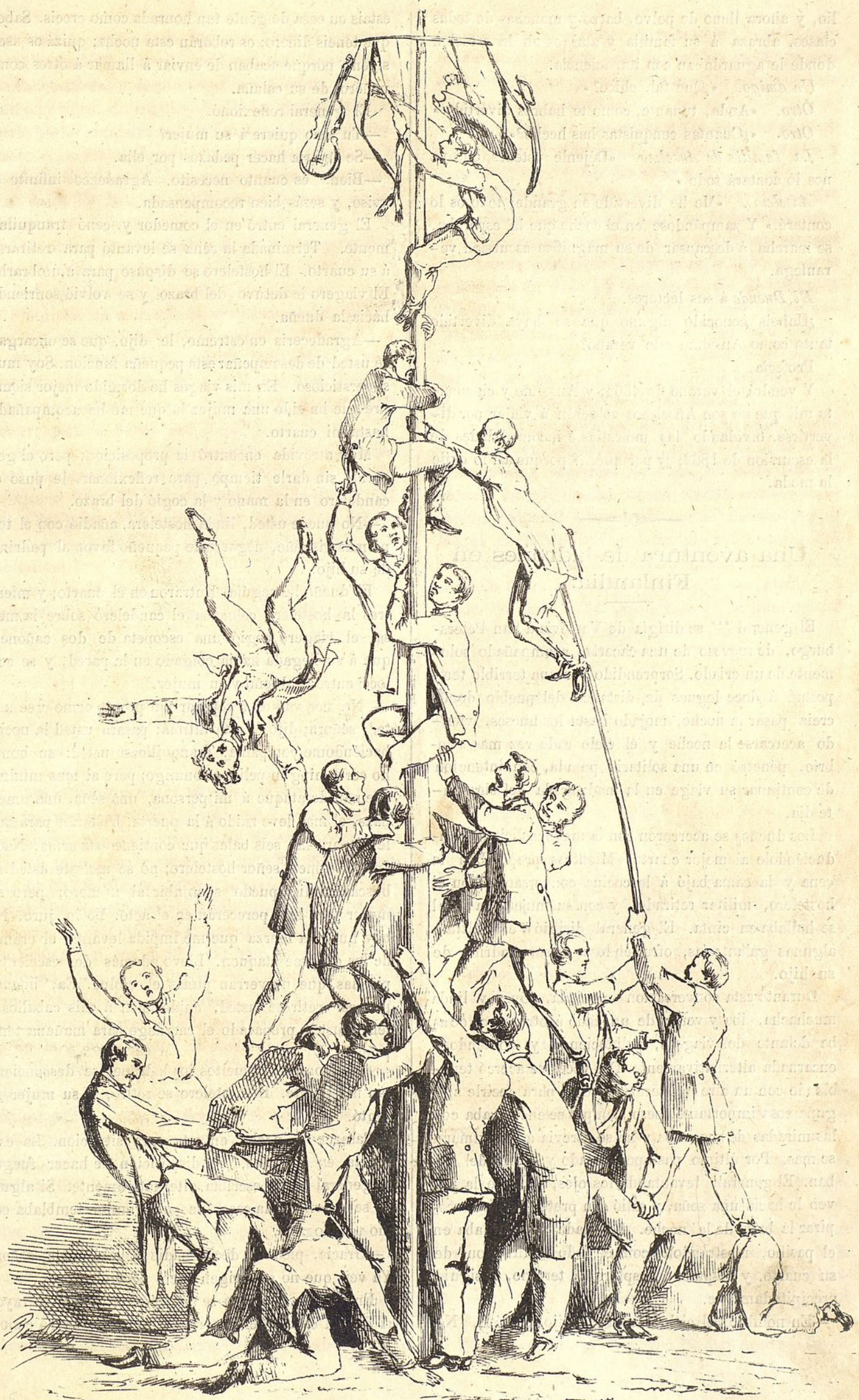
Anselmo pálido, ojeroso, tan flamante en 1.º de Ju-



¡Ay, señor don Euformion....! Todo lo bueno se suprime
hoy día: hasta la lotería antigua.



Rabiamos por serlo, y de nosotros nadie se acuerda.



lio, y ahora lleno de polvo, barro y manchas de todas clases, abraza á su familia y amigos en la estacion donde le aguardaban con impaciencia.

Un amigo. «¿Que tal, chico?»

Otro. «Anda, tunante, como te habrás divertido.»

Otro. «¿Cuántas conquistas has hecho?»

La familia de Anselmo. «Déjenle ustedes, que ya nos lo contará todo.»

Anselmo. «Me he divertido en grande; todo os lo contaré.» Y zampándose en el coche que le esperaba, se marcha á descansar de su magnífica escursión veraniega.

El Duende á sus lectores.

¿Habeis conocido alguno que se haya divertido tanto como Anselmo este verano?

Profecía.

Y vendrá el verano de 1863; y Anselmo y cincuenta mil que no son Anselmos volverán á viajar por divertirse, olvidando las molestias é incomodidades de la escursión de 1862, ¿y por qué...? porque así lo exige la moda.

Una aventura de ladrones en Finlandia.

El general *** se dirigía de Varsovia á San Petersburgo, de regreso de una cacería, acompañado solamente de un criado. Sorprendido por una terrible tempestad á doce leguas de distancia del pueblo donde creía pasar la noche, mojado hasta los huesos, viéndose acercarse la noche y el cielo cada vez mas sombrío, penetró en una solitaria posada, con intencion de continuar su viage en la madrugada del siguiente dia.

Los dueños se acercaron con la mayor solicitud, conduciéndole al mejor cuarto. Mientras preparaban la cena y la cama bajó á la cocina conversando con el hostelero, militar retirado, y con su mujer, la cual se hallaba en cinta. El general dirigió á esta última algunas galanterías, ofreciéndose á ser padrino de su hijo.

Durante esta conversacion la criada, jóven y linda muchacha, iba y venia de un lado á otro, se colocaba delante del viagero, palideciendo y poniéndose encarnada alternativamente. Dos veces se acercó temblando con un aire misterioso, como para decirle alguna cosa importante; pero siempre se encontraba con las miradas de sus amos y no se atrevia á aproximarse mas. Por último pasó por su lado y le tiró del gabán. El general, levantando los ojos, vió que la jóven le hacía una seña, y salió con pretexto de ir á respirar la brisa de la noche. La criada le aguardaba en el pasillo, mostrándole con el dedo la direccion de su cuarto. y despues de explorar el terreno, le siguió precipitadamente.

—En nombre del cielo, señor, le dijo, salváos. No

estais en casa de gente tan honrada como creéis. Saben que teneis dinero; os robarán esta noche; quizá os asesinen, porque acaban de enviar á llamar á otros compañeros de su calaña.

El general reflexionó.

—Tu amo quiere á su mujer?

—Se dejaría hacer pedazos por ella.

—Bien: es cuanto necesito. Agradezco infinito el aviso, y serás bien recompensada.

El general entró en el comedor y cenó tranquilamente. Terminada la cena se levantó para retirarse á su cuarto. El hostelero se dispuso para alumbrarle. El viagero le detuvo del brazo y se volvió sonriendo hácia la dueña.

—Agradecería en extremo, le dijo, que se encargase usted de desempeñar esta pequeña funcion. Soy muy supersticioso. En mis viages he dormido mejor siempre que ha sido una mujer la que me ha acompañado hasta mi cuarto.

Muy atrevida encontró la proposicion; pero el general, sin darle tiempo para reflexionar, le puso el candelero en la mano y la cogió del brazo.

—No puede usted, linda hostelera, añadir con el tono mas risueño, negar este pequeño favor al padrino de su hijo.

El dueño les seguía. Entraron en el cuarto; y mientras la hostelera colocaba el candelero sobre la mesa, el viagero cogió una escopeta de dos cañones, que á su llegada habia colgado en la pared, y se colocó entre el dueño y su mujer.

—No nos vamos á separar tan pronto como cree usted, señora; dijo á esta última; pasará usted la noche haciéndome compañía. Tranquilícese usted: su honor no corre ningun peligro conmigo; pero al mas mínimo ademan de ataque á mi persona, una seña, una amenaza, el mas leve ruido á la puerta, bastarán para que le dispare las seis balas que contiene esta arma. Nada de objeciones, señor hostelero; no se moleste usted en buscar auxilio: puedo sucumbir al número; pero su mujer y su hijo perecerán en el acto: Yo lo juro. No hay humana fuerza que me impida levantar el cráneo de los que me ataquen. Llevo además dos excelentes pistolas, que no yerran jamás el golpe. Ea, buenas noches: retírese usted, cuide bien á mis caballos y tenga usted preparado el carruaje para mañana temprano.

Ante hombres resueltos los ladrones se desconciertan facilmente. El hostelero se retiró, y su mujer se sentó.

Pasaron la noche en esta rara situacion. La escopeta en el brazo, en disposicion de hacer fuego, el general leía y escribía alternativamente. Si alguno se movía en la casa, la pobre mujer temblaba como un azogado.

—Gracia, piedad: decía, nadie os hará nada, señor. Ya veis que no se dirigen hácia aquí.

En efecto: ninguno se acercó al cuarto. Al rayar el dia el criado del general llamó para darse á cono-

cer desde la mitad de la escalera. Traia el desayuno y la cuenta. El general sirvió una taza de café á su bella hostelera, y despues que la vió beber, bebió él con seguridad. En seguida le dió las gracias por haberle hecho compañía y la invitó á que le acompañase hasta el carruaje, ofreciéndole el brazo para bajar la escalera con tanta política como pudiera hacerlo con una dama de la corte. Al llegar á la puerta mandó llamar á la criada.

—Niña, le dijo, mostrándole al propio tiempo su cartera; si quieres quedarte aquí, este es tu dote; si prefieres venir conmigo, te prometo un excelente novio.

Sin dudar un momento la muchacha se lanzó dentro del coche, el cual partió á escape.

El general supo por su nueva compañera de viaje que durante la noche habian llegado tres hombres de muy mala catadura para deliberar lo que habian de hacer; pero el dueño les despidió.

Algun tiempo antes de este suceso dos viajeros habian desaparecido en la posada.

Apenas llegó al primer pueblo se apresuró el general á dar parte á las autoridades. Se enviaron soldados, que no pudieron ó no quisieron encontrar á los hosteleros.

Segun su promesa, el general recompensó á la honrada criada, dándole un buen dote y un marido.

TEATRO.

Hemos vuelto á oir la preciosa, la magnífica ópera del malogrado Donizzeti, *Lucia*, cuya música, llena de sentimiento y modelo de armonías, es siempre escuchada con admiracion y aplaudida con entusiasmo. Apesar de las dificultades de este *Spartito*, ha sido bastante bien cantado por nuestra compañía de ópera, alcanzando espontáneos y merecidos aplausos; muy particularmente en el final del acto segundo. Partes, orquesta y coros, rivalizaron en dicha pieza, resultando un conjunto tan perfecto, tan acabado como no recordamos haberlo oído desde hace bastantes años.

En la primera noche de dicha representacion vimos bastidores por el aire, haciendonos creer que pasábamos de la ópera á una comedia de magia: lo cual obligó á presentarse en la escena á varios asistencias, destruyendo por completo la ilusion y escitando la hilaridad del público. ¿Por qué no bajó la cortina de embocadura hasta haber remediado el desperfecto? Y ya que comenzamos á preguntar ¿por qué no se empleó para el último acto de la ópera la magnífica decoracion de panteon, debida al inolvidable Aranda, en vez de presentarnos aquel telon de cementerio, que tan mal cuadra á la situacion? ¿Habría desaparecido, acaso, como otras muchas que enriquecian nuestro teatro, obras maestras de aquel eminente pin-

tor escenógrafo? ¿Por qué no se restaura la selva corta del mismo artista, que se emplea en la primera escena de *Lucia*, y cuya pintura y dibujo van desapareciendo por completo?

La compañía de declamacion nos ha dado el lunes y el martes *El Soprano*, *El abuelito*, *Dos muertos y ningun difunto*, y *Los dos solterones*.

El público se ha reido; y siendo hacer reir lo que los actores se proponian con sus respectivos papeles, claro es que han llenado su cometido; haremos no obstante particular mencion, en la primera, de la señora Martin y de los señores García (Domingo) y Parreño. La comedia es verdecita como el peregril. En la segunda, del protagonista, Domingo García. En la tercera *Dos muertos y ningun difunto*, del señor Guerra; en quien, sin embargo, echamos de menos algun tanto mas de acento catalán.

El señor Aguirre le secundó; pero notamos impropiedad en su primer traje. ¿Por qué, en vez de la botita, gaban y sombrero de copa, no calzó bota de montar y vistió una americana ó levita corta y sombrero redondo? Observamos que ni llevaba espuelas, ni sacaba siquiera un latiguillo en la mano. Faltas tanto mas notables, cuanto que se habla en la comedia de un ginete que llega y de un caballo que se manda llevar á la caballeriza. Es lástima que un actor tan entendido como el señor Aguirre, incurra en estas faltas.

Los dos solterones fué perfectamente ejecutada por las señoras Martin y Calmarino y los señores Guerra, Parreño, Aguirre y Buron.

En la noche del miércoles volvimos á oir *La traviata*, en cuya ópera recibe tan justos aplausos la señora Marini y á tanta altura se eleva el señor Morelli Bartolani. En el *tutti* del acto tercero notamos bastante desafinacion en el coro de señoras. Cuidadito, niñas: no sean ustedes el herrero de Arganda.

Al terminar la ópera hubo un entorpecimiento al bajar la cortina de embocadura, que destruyó todo el efecto del cuadro final y obligó á la señora Marini á *resucitar* y á rerirarse *por su pie* de la escena, enmedio de los aplausos del público.

Asistimos ansiosos al teatro la noche del jueves á ver la lindísima comedia *Mujer gazmoña y marido infiel*, arreglada del francés á nuestra escena por el señor Navarrete. Es muy difícil obtener mejor ejecucion que la debida á las señoras Duclós, Martin, Calmarino, Fabiana y Menendez, y á los señores Garcías (Juan y Domingo) Aguirre y Buron. No podemos hacer ninguna mencion especial, porque todos estuvieron felicísimos en sus respectivos papeles, presentándonos un cuadro completo, teniendo al público pendiente de sus labios y arrancando á cada instante la general hilaridad, los mas merecidos aplausos. Bien vestidos todos los personajes, admirablemente caracterizados, muy bien dirigida la escena, nada dejaron que desear al mas exigente y descontentadizo.

De la comedia ¿qué diremos? Mucho, muc hísimo di-

riamos en su elogio si el tiempo y las condiciones de este periódico no se opusiesen á ello. Diremos, no obstante que quisiéramos ver con frecuencia en nuestros teatros comedias como *Mujer gazmoña y marido infiel*, para desenmascarar y que el público pudiera apreciar en su justo valor á tantos *Don Melitones*, que se alimentan, como la carcoma, royendo á la sociedad, alucinando á las gentes sencillas y apartándolas del buen camino en pro de su sórdida avaricia y de sus maquiavélicos planes. Por eso, al par que la perfecta ejecucion, aplaudimos la comedia: y damos gracias á la empresa por haberla puesto en escena tan oportunamente; suplicándole nos la dé algunas mas veces y nos ofrezca otras del mismo género y de las mismas tendencias.

El viernes

volvimos á escuchar *Prohibiciones* con sus faltas, sus sobras y sermones.

De la funcion de anoche, *Vanidad y pobreza*, nos ocuparemos en nuestra próxima revista, así como de las demás novedades que, segun la empresa, se preparan. Conque, señores, hasta el domingo que viene.

Cuentos y chismes.

—¿Conoces aquella niña que ocupa el palco de primera ó principal, número...

—Mucho; es la señora de X.

—Tienes razon: la habia desconocido.

—¿La conocias antes?

—Sí tal; la vi en los baños de Deva. ¿Y á quién engaña en la actualidad?

—Principia el acto: ya hablaremos.

En cierta reunion, pocos dias hace, se humilló de tal manera á un viejo millonario, avaro como él solo, declamando contra los hombres escesivamente economicos, que al volver á su casa nuestro individuo arrepentido exclamó:

—Por vida mia, la leccion ha sido demasiado fuerte y quiero enmendarme. Sí; abajo la avaricia: nada es tan sublime y meritorio á los ojos de Dios como el hacer limosna; y á contar desde mañana voy á decidirme á... pedirla.

Cuentan que, no ha mucho, se presentó un joven lugareño en el gabinete de uno de nuestros mejores fotógrafos y le dijo:

—Señor, quisiera que hiciera usted el retrato de mi primo Ambrasio.

—Como usted guste. Qué dia podrá venir su primo de usted?

—Ay, señor; ninguno, porque Ambrosio ha muerto hará cosa de seis meses.

—Entonces lo que usted desea es un imposible.

—Yo soy su heredero.

—Sí; pero eso no es bastante. Si usted tuviese un retrato del difunto...

—No, señor; no lo tengo. Pero calle... ya encontré el medio.

—Veamos, veamos ese medio.

—Tengo una de sus cédulas de vecindad perfectamente en regla y con todas sus señas.

—Entonces, concluyó el fotógrafo riendo, ya no nos falta nada.

Está diluviando.

—¿Te incomoda el paraguas, amigo mio?

—De ninguna manera. Tú lo has llevado durante dos horas, cuando no llovía; es muy justo que yo te descanse llevándolo cuando llueve.

Un marido algo sordo y aficionado á comer *biftec*, fué preguntado sobre si le gustaba ó no su mujer; el sordo creyó que le hablaban de su comida favorita, y contestó al momento:

—Sí, sí, mucho; con patatas.

Algunos maridos hay que, por poder decir lo mismo, se quedarian sordos.

¿En qué se parece mi sombrero á un pichon herido?

—En que no puede volar, porque le falta hasta el ala.

¿Y el individuo del anónimo de *El Diario* á un pescador viejo?

—En que no sabe lo que se pesca.

¿Y qué diferencia hay entre un tonto y el mismo señor?

—Ninguna.

¿En qué se parece el tenor Piccinini á un gorrión?

—En que no hace mas que cantar.

¿Y la *Traviatta* á mi mujer?

—En nada.

¿Y yo á la *Traviatta*?

—En que los dos amamos por lo fino.

Nuestros lectores leerian con gusto el excelente artículo humorístico que publicamos con el título de «El ahorcado por conviccion.» Esto nos mueve á continuar por tan buen camino, y muy pronto publicaremos

El guillotinado por compromiso.

La cuerda del ahorcado.

La horca y el garrote.

Nuestros lectores nos agradecerán tan recreativa y alegre literatura, y no podrán menos de aplaudirnos por lo bien que mantenemos nuestro programa.

Editor responsable: MANUEL ALLUE

Zaragoza: Imp. y Litog. de Agustín Petro.—1862